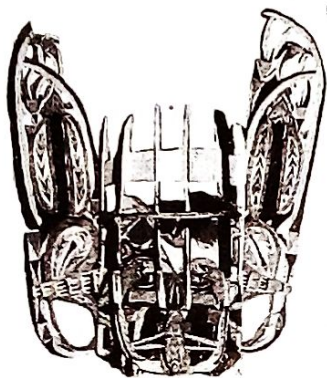


"La metáfora en la poesía"

Ante las preguntas motivadoras del ilustre poeta Dn. Alberto Guerra Gutiérrez, en su artículo ensayo: "LA METÁFORA EN LA POESÍA" - El Duende N° 173 LA PATRIA 1/1/200 -, donde dice: "¿Se debe prescindir de la metáfora para lograr pureza en la poesía. Será posible concebir poesía sin metáfora. Es la metáfora simplemente formal y artificiosa, o tiene que ver con el fondo de la composición literaria?. Me permito pronunciarme, en un todo, pese a no ser erudito en la materia, si no aficionado de la poesía.



Estimo, que no puede existir una composición poética pura y límpida, desprovista de objetividad.

Considero que la poesía nace del sentimiento profundo del ser humano, es por reacción de la realidad que en sí nos rodea; por lo tanto, se expresa con la armoniosidad, cadencia o simplemente con una frase hermosa como es la poesía, cuando la estimula una verdad; consecuentemente, la poesía aparte de ser subjetiva captada por la imagen, formándose un concepto es objetiva, que al expresarse se hace mediante la metáfora; por lo tanto, es parte integrante de su composición, que se manifiesta con ese sentimiento real y transparente que se capta de la realidad y que es característica de nuestro tiempo y será parte de este nuevo siglo del tercer milenio.

Parafraseando al poema de Juan Ramón Jiménez Vallejo, diremos:

El Amor nace
en el corazón de los hombres
y se plasma en la cúpula
natural del éxtasis...
Como la polinización
de la flor por la abeja.
El día y la noche
en los crepúsculos
del amanecer y atardecer.
O en la desnudez
del hombre y la mujer.
¡Ah amor, qué placer!

Víctor Gutiérrez Pereira
(TOR - VIC) Abogado. Oruro

Cerca de "Valentina: historia de una rebeldía"

A Valentina la conocemos muerta. Desde el principio de la novela cuando el personaje dice: "Valentina murió ayer por la mañana", como una primera expresión del libro, entendemos que la novela desarrollará la historia de Valentina.

La inicial y aparente contradicción entre los argumentos político - antropológicos sesudamente expresados por Valentina - a quien se nos presenta como una "barzola", cuya imagen negativa la sociedad boliviana se ha encargado de construir - va desestructurándose a medida que avanzamos en la lectura del libro. Valentina, no es solamente una barzola emenerista, sino una guerrillera, una libre pensadora, una revolucionaria, una "rebeldé" irremediable hasta el fin.

El narrador, coprotagonista, de nombre tremendamente desconcertante para quienes somos bolivianos: Fernando Díez de Medina Sánchez Bustamante, escritor de libros bellamente editados, "filósofo de la nada", es un enamorado-amante de Valentina, destinado a vivir para siempre en una silla de ruedas. Como narrador, alterna el relato en tercera y primera persona, cruzando la historia construida desde el testigo que es él y desde el amante que le habla a Valentina, aunque esté ausente, aunque esté muerta.

No obstante que el narrador, como co-protagonista, permanece en el libro más tiempo que Valentina, ella es sin duda la gran protagonista. De él, conocemos sus íntimas disquisiciones en su relación con Valentina, por la repetición del discurso político que maneja ella, siempre nuevo y siempre distinto, por las largas esperas del amor. Y lo conocemos también por las emociones por la propia madre de Valentina, a quien parece amar tanto como a ella y por la capacidad de darse cuenta del desgaste paulatino de todo.

Los diversos hechos históricos referidos, la contextualización del relato, tremendamente boliviano, los nombres de personas que la autora, Lupe Cajías, admira y sobre los cuales ha escrito libros y artículos: Juan Lechín Oquendo, Liber Forti, aparecen frecuentemente en labios de Valentina, dentro del recuerdo del solitario narrador-disquisidor. El manejo periodístico de sucesos del mundo, las opiniones sobre los mismos, nos revelan a Lupe Cajías dentro de la vida de Valentina. Una serie de detalles las identifican. Quizá, escribir esta novela, fue para Lupe Cajías, exorcizar la Valentina muerta que tantas intelectuales de izquierda tienen adentro. Lo cierto es a veces, leemos "Valentina, historia de una rebeldía" como si estuviéramos leyendo a Lupe Cajías, lo que no invalida el valor de la novela. Este tipo de lectura sólo será posible para los bolivianos que conocemos a la autora. Fuera del país, otros lectores de la novela difícilmente podrán tener esos referentes.

La historia de los movimientos políticos más importantes del país ingresa con fuerza en la novela a través de la militancia de Valentina: la revolución de abril, la guerrilla del Che, la huelga de hambre de las mujeres mineras, la marcha por la vida. Todas las manifestaciones en defensa de los derechos humanos, las barricadas y protestas sociales tienen en la historia el compromiso real de Valentina, aunque de ellos salga herida, presa, desalentada.

La atmósfera narrativa va organizando un paulatino desgaste. En la casa de "el filósofo de la nada", los muebles envejecen y cambian de color, el té inglés y las galletas de mantequilla dejan de servirse, los criados indígenas desaparecen, el último sirviente aymara envejece, el hombre paralítico reconoce que "el tiempo feliz había pasado".

Quedaba Valentina - viva o muerta - con muchas revoluciones encima, cargando fracasos y nuevas subversiones. Fernando sabía que donde ella estaba, permanecía incólume, rebeldé hasta el fin. Como militante eterna de la subversión, no tenía otra manera de vivir y morir. Es así cómo el narrador, en el largo monólogo - diálogo que es la novela de Lupe Cajías, rinde el homenaje al "espíritu más libre, nacido para oponerse a toda autoridad" y recupera del olvido a Valentina.

Gaby Vallejo Canedo. Miembro de la UNPE - Cochabamba.